

# ALTA MONTAÑA NAVARRA

Por FRANCISCO RIPA

Ubicar la «alta-montaña» dentro de la extensa e intrincada orografía de Navarra, con sus altos páramos rocosos desolados y rotos, y las umbrías misteriosas y salvajes de sus bosques milenarios, puede parecer a simple vista empresa dificultosa en extremo y excesivamente embrollada; sin embargo, nada tan sencillo y claro si lo hacemos con conocimiento de causa sobre un detallado plano.

Basta tomar, como punto de referencia inmejorable, el nudo-entronque con el Pirineo Aragonés, que coincide en la máxima elevación de nuestra geografía: La Mesa de los Tres Reyes. Sigamos, luego, los constantes altibajos y escarpados murallones del dentado cordal de cumbres que establece nuestra separación política con Francia y la hidrografía entre Cantábrico y Mediterráneo, para alcanzar hacia Poniente el majestuoso pico de Ory, cuya base se hunde en las profundidades y espesuras del bosque del Irati, uno de los más importantes de Europa.

Pero, ¿qué entendemos por alta-montaña? No hace todavía muchas fechas, con motivo de facilitar al montañismo internacional en el que se hallan comprendidas también otras actividades tales como espeleología, escalada, camping y demás— el libre acceso por cualquier vertiente a las montañas de características extraordinarias, como son las que nos ocupan, se hizo dicha pregunta a personas competentes y a quienes por su profesión u oficio relacionado con ellas, pudieran dar con la definición más acertada. Fué contestación unánime que la zona por encima de los dos mil metros de altitud es la que puede calificarse de alta-montaña, si bien por una u otra causa este límite debe ser aumentado o reducido conforme al «habitat» medio.

A nadie sorprenderá, por la razón enunciada, que los montañeros cataloguemos al pico de Ory como «monte de vacas» —valga nuestra común denominación—, pese a su atrevido perfil y a las muchas simpatías que tiene; porque dentro de la ortodoxia montañera no debe considerarse alta-montañesa ninguna región alpina hollada por ganado doméstico, y ésta lo es con sobrada frecuencia. También con respecto a este pico, tenemos que deshacer un error divulgado por algunas geografías de uso corriente, en las que se le cita, con sus 2.018 metros, como la altura mayor de Navarra, habiendo otras varias, como luego veremos, que le rebasan con bastante más metros de elevación, asperezas y dificultades.

Por cuanto antecede, si queremos conocer y visitar la verdadera y auténtica alta-montaña navarra, debemos dejar a nuestras espaldas la mole del pico de Ory y el bosque del Irati, y siguiendo la alta divisoria, con desniveles muy poco

## PYRENAICA

pronunciados y mullido piso de hierba, caminar en dirección a Oriente, con la vista gozosa ante tanta belleza como la Naturaleza, con mano pródiga, ha derramado por doquier sobre estos amplios y dilatados paisajes, volcando el colorido generosamente en sus más variadas y extensas gamas de verdes, ocre, rojos, violetas y azules...

Cuando ya rebasado el terreno del valle de Salazar, pisamos los de Roncal, y conforme vamos aproximándonos a la redonda cabezota de Oztogorriña (1.916 m.), el horizonte dentado de la crestería pirenaica aumenta en tamaño y altivez, y ya se presiente lo que será la plenitud de su visión, reservada a la inmediata y tajante cumbre de Lacarchela (1.982 m.), a cuyos pies se extiende el primoroso valle de Belagua, y cual soberbio telón de fondo, lo más imponente y destacado del Pirineo navarro y parte del aragonés.

Belagua es sencillamente encantador, con sus bien cuidados campos que parcelan el valle. Bosques sombríos e impenetrables donde extraordinarios ejemplares de pinos y abetos rebasan con mucho la fronda de corpulentas hayas, y rocas formando acantilados emergen del verdor, hacen del paraje un lugar delicioso de ensueño y descanso, que la música eterna del agua en su correr de siglos y el tintinear incesante de las esquilas del ganado, acentúan más y más.

*Altivas cresterías del Roncal: Anie y Mesa de los Tres Reyes se prolongan con el Petrechema aragonés y Aguja de Ausabere. (Foto Ripa)*



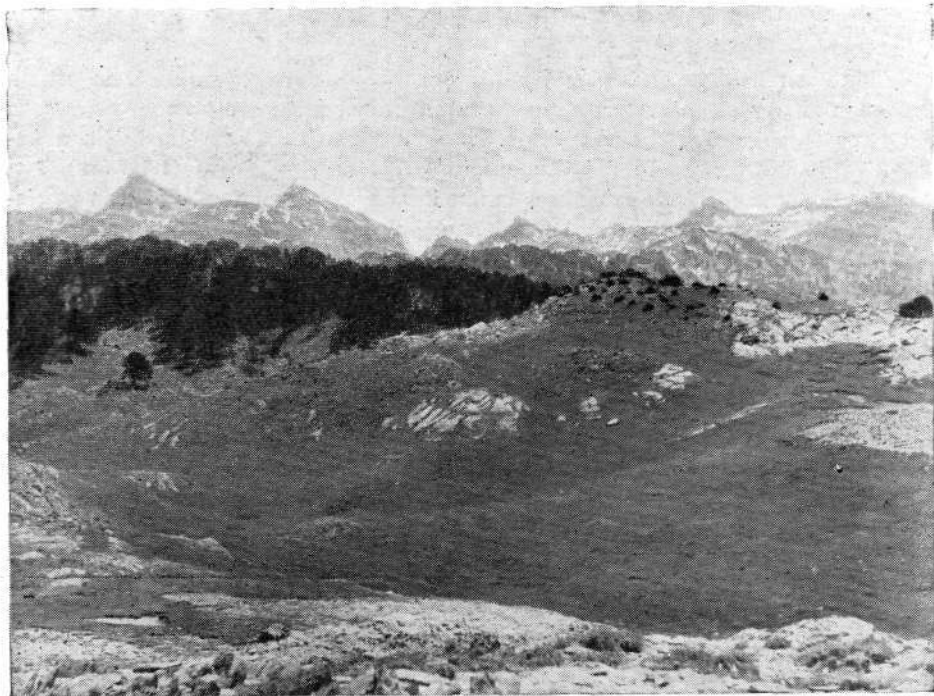
Ahora, en Belagua, es cuando verdaderamente entramos en contacto con la alta-montaña, y si observamos con detenimiento el recinto del valle, dejando a nuestras espaldas estribaciones importantes, nos percataremos que la línea Lapaquiza de Línzola (2.100 m.), Lapazarra (1.787 m.), y Lácora (1.867 m.), forman la avanzadilla de las cumbres eminentes, que más al fondo arañan el cielo con agudos peñascos y eternos ventisqueros. (Muy interesante leer el artículo OROGRAFIA DE BELAGUA, del mismo autor, publicado en PYRENAICA, n.º 3 de 1957).

Tras dicha cadena queda verdaderamente la auténtica alta-montaña navarra. Y dos son los únicos caminos, mejor dicho, sendas muleteras que incluso en trayectos desaparecen, que recorren hasta su final en Francia estas desolaciones, aunque, a decir verdad, lo hacen por su borde externo.

Uno, el más frecuentado, parte entre la ermita de Arrako y la borda de Sabuki; cruza el río y gana altura con fuertes zigzag hasta la típica borda de Juan Pito, el famoso chistulari roncalés; Salva la cantera, hasta la que llega actualmente la caja para la carretera, y por la ladera meridional de Lácora, pasando junto al famoso y extraordinario manantial de Sancho Garde, alcanza el collado de Eraiz en el llamado Puerto Grande. Por la otra vertiente discurre bastante difícilmente entre la frontera y las calizas de Larra, hasta salir al collado de Ernaz, célebre por el antiquísimo Tributo de las Tres Vacas que desde tiempo inmemorial pagan los habitantes de Baretons en Francia a los roncaleses, en señal de armonía y paz el día 13 de julio de cada anualidad. A su derecha se levanta airoso el puntiagudo pico de Arlas (2.062 m.), mientras a la mano contraria queda el Soum de Léche o Leja (1.822 m.), también muy nombrado por que a escasos metros, en terreno navarro, abre su boca la tristemente célebre sima de San Martín donde encontró la muerte el espeleólogo francés Marcel Loubens. Entre ambas cotas desciende el camino al país vecino.

El otro, atraviesa como principio todo el valle. Al comenzar la ascensión con fuerte pendiente entre hermosos pinos, pasa al lado de la cueva de Anchomarro, con buen manantial en su interior, y que al decir de los nativos es muy frecuentada por los osos pirenaicos durante el invierno. Traza unas cuantas vueltas para salvar el gran desnivel, y entre arbolado, en su mayoría hayas, gana el collado de Larrería, dando vista a un espectáculo grandioso y bravísimo de imponentes roquedales. Sigue por la derecha, bordeando el caos y pronto la senda se pierde en fuertísimo repecho de excelente hierba, a cuyo final se encuentra la majada de Lapaquiza de Línzola. Tras ella, un laberinto característico de Larra, señalado el paso clave convenientemente con «cairns», nos lleva con leve descenso a la hoya de La Solana. Sobre la misma elevase la cima de Budoguía (2.305 m.) que inicia la cresta hasta la cima de la Mesa de los Tres Reyes, que se puede conseguir por la altura en dura pechada monte arriba, o más suavemente, caminando bajo la cantera hasta el collado de Esquestes (2.120 m.), sobre el que se levanta pujante la Mesa de los Tres Reyes (2.434 m.), mientras el sendero desciende, entre bloques desprendidos de las cumbres y con rápido desnivel, al profundo barranco que lo lleva hasta el pueblecito francés de Lescún.

Entre ambos extremos, collado de Ernaz-Arlas y collado de Esquestes-Mesa de los Tres Reyes, se extiende toda la magnificencia de Larra. Porque, pese a su dureza en todos los órdenes imaginables, Larra es grandioso y muchísimo más



*Desde Zampori, sobre los pastizales de Puerto Grande, se extienden los pinos que ocultan verdaderos laberintos petrificados. Más en la lejanía, la alta montaña navarra con su mejor cadena: Anie, Añelarra, Pene Blanco, Mesa y Budoguía.*  
(Foto Ripa)

interesante y sorprendente que cualquier macizo o región del Pirineo, que puede tener su doble: Larra es único. Se le calculan unos cincuenta kilómetros cuadrados de extensión y su altura media oscila entre los mil ochocientos metros de elevación, constituyendo un enorme macizo calcáreo que no tiene parangón, un Karts de dimensiones extraordinarias que, quien no se haya adentrado en aquel laberinto de grietas y dolinas, no puede imaginarse a qué extremos caóticos puede llegar una montaña. Larra es el imperio de la roca, de lo salvaje, de lo angustioso, y, como lo definió en cierta ocasión el gran pireneista Conde de Saint Saud, es «la desolación de la desolación».

Detrás de Larra, mejor dicho, en su límite externo formando bastión aéreo sobre la dulzura de los valles franceses, que contemplaremos desde la altura con más del millar de metros de separación en línea recta, está la erguida crestería de la alta-montaña navarra. Partiendo de Arlas, sigue la cresta por Soumcouy (2.302 m.), Auñamendi o Anie (2.504 m.), Añelarra (2.348 m.), Pene Blanco (2.390 m.), para llegar a la Mesa de los Tres Reyes. No todas estas alturas pertenecen geográficamente a Navarra, puesto que algunas quedan por leve distancia en Francia, pero como quiera que todas sin excepción requieren la casi totalidad de su ascensión por terreno roncalés, y por tanto nuestro, todas las So-

## PYRENAICA

ciudades de montaña de Navarra, e incluso del País Vasco, las tienen incluidas en sus programas.

Para terminar este esbozo de nuestra alta-montaña, y para el turista montañero que quisiera recorrerla, debo añadir que debe tener presente que estas alturas precisan ser buen marchador de roquedales y que un promedio de tres horas y media, la más corta, y seis horas de marcha, para la más alejada, sin incluir descansos, es el tiempo normal de ascensión; y que escaso será el que pueda recuperarse al regreso, a través de la alta planicie y en dura y constante lucha con las esperezas del terreno y las condiciones atmosféricas.

Comprendiendo su verdadera categoría e importancia, además de cuantas bellezas ofrecen, lo mismo las profundidades inenarrables del subsuelo, como las altivas cumbres que brindan horizontes de imperecedero recuerdo, este año serán internacionalmente recorridos y estudiados ambos aspectos del Pirineo navarro, y a no dudar, entusiásticamente divulgados por cuantos acudan a los Campamentos del V CONGRESO ESPELEOLOGICO, que se celebrará el próximo mes de julio en las fragosidades de Larra, y por los asistentes al XIX CAMPAMENTO INTERNACIONAL DE ALTA MONTAÑA, que la Federación Española de Montañismo, como en ediciones anteriores, ha estudiado con todo cariño y acierto para dar a conocer, en la primera semana del mes de agosto, una de las bellezas y maravillas alpinas más destacadas y menos conocidas entre las muchas que nuestra Nación atesora, cual es nuestro incomparable Valle de Belagua.